

PRIMERA PARTE.

I.

Está la noche espirando,
Y allá en el fin de la sombra
En vacilante crepúsculo
Tiñe el oriente la aurora.
La luna en el occidente
Su pálida luz ahoga,
Y las estrellas la siguen
Luz reflejando medrosa.
Silba el cierzo entre las ramas
De los árboles sin hojas,
Y con espejos de hielo
Esgueba sus aguas orla:
Ostenta el campo escarchado
Trémula, alumbrada alfombra,
Que á veces parece el alba
Y agua á veces silenciosa,
Que allá en la sombra confusa
Humeando se evapora.
Se oye el murmullo del río
Que por la pesquera rota
Se filtra tornando el agua
En espuma bulliciosa.
Ya en copos blancos se eleva
Trenzada y murmuradora,
Ya cae en hebras de plata
Y se arrastra tumultuosa,
Ya trepando por las piedras
Se columpia de una en otra,
Ya por evitar un canto
Serpenteando se encorva,
Y ya tornando á ser agua
Susurra en la yerba tosca.
Allá en la opuesta ribera
Se alcanza una torre octógona
Con que la frente de un cerro
Entre brezos se corona.
Un pueblo frente por frente
Junto á las aguas sonoras,
Con casas de tierra y ramas
De hidalgo y leal blasona;
Y una casa que mas lejos
De la orilla y de las otras
Puede pasar por alcázar
Segun aumenta en las formas,
Yace al pié de una colina
Olvidada, triste y sola,
Con lienzos en las ventanas
Que honores de vidrios gozan.
Entre una luz y los lienzos
Cruza á veces una sombra,
Que sobre ellos destacada
Parece bien que se asoma:
Y á veces inmoble y fija
Cubre la ventana toda,
Cual si estorbar pretendiera
Paso á la vista curiosa.
A veces semeja un hombre
Que vuelto el rostro á la antorcha

Dibuja un bulto sin gesto
Que descansa en una gola;
Y á veces raudo pasando
De un rostro el perfil contorna,
De agudo y crespo bigote
Que con la gorguera toca.
Mas puede á veces dudarse
Si es una, ó son dos las sombras,
Si pasean, ó si danzan,
Si luchan, ó si retozan;
Porque hay puntos en que cruzan
Dos bultos de varia forma,
Una cabeza con rizos,
Con barba y bigotes otra.

Casi al pié de la colina
En que la casa se apoya,
Hacia el pueblo mas cercano
Una senda desemboca.
Un hidalgo á pasos lentos
La vuelta del cerro toma.
Un mozo trae por delante
Debajo una yegua torda,
Y un largo ropon oculta
Lo demás de su persona.
Tendió á la casa la vista,
Tembló, paróse, y tendióla
Por todo cuanto en el valle
Abarca, sombría y torva.
Echó pié á tierra, y á poco
La mirada escrutadora
Alcanzó la luz movable
Por entre la puerta rota:
En faz de asombro y de duda
O de vergüenza y de cólera,
La planta trémula tuvo,
Y agachándose en la sombra
Clavó en la puerta los ojos,
Y el puño en la tierra fofa.
Se abrió la puerta: un mancebo
La faz envolviendo toda
De un gaban entre las pieles,
En apostura amorosa
De una muger se despide
Que á despedirle se asoma.
Juró airado el escondido
En voz sofocada y ronca,
Sonó en el umbral un beso,
Cerró la puerta la moza,
Y el galan pasando el vado
Hacia la torre se torna.
Cuando él llegó al pié del puente,
Ya con mano vigorosa
A sendas aldabonadas
El otro á su puerta dobla.
Abrióla al fin la muger,
Y al cerrarla cuidadosa
Ya por oriente venia
La tornasolada aurora.

II.

El codo sobre la mesa,
Sobre la mano ambas sienes,

Entrambas cejas fruncidas,
Arrugada la ancha frente,
La otra mano en la cintura,
Los piés en un taburete,
En un sillón de baqueta
Está meditando Perez.
Una lámpara de hierro
A un lado en la mesa tiene,
Cuya luz lucha oscilando
Con el día que amanece.
Al otro lado un tintero,
Y en el centro unos billetes
Cuya firma está abrasando
Con pupilas de serpiente.
Desigual suelta el aliento
Por los apretados dientes,
Y mal ahogados suspiros
Dentro del pecho le hierven.
"Mendo Abarca . . . ! qué me place,
"Un día tras otro viene,
"Y honra con honra se paga,
"Vida por vida se pierde."
Esto en voz baja diciendo
Asió la luz de repente,
Y á voces en la escalera
Llamó á Margarita, Perez.

Subió al punto la muchacha
Tranquila, hechicera, alegre,
Mostrando en la tez de rosa
Sus abriles diez y nueve.
Y es la niña un embeleso,
Una hermosura de oriente,
Cojido el cabello en trenzas
Que con dos agujas prende;
Cintura escasa y flexible
Que cimbre y se estremece,
Tez morena, negros ojos,
Paso resuelto y pié breve.
Con la sonrisa en los labios,
Y con la paz en la frente,
Rebosando amor y hechizos
Que irresistibles parecen,
Entró por el aposento
Preguntando:

—¿Qué me quieres?—
Perez bajando los ojos
Contestóla:

—Que te sientes.—
Sentóse, y siguió el marido:
—¿Tienes, querida, presente
Cuánto tiempo ha nos casamos?
—Sí por cierto; treinta meses.
—Pues eso ha que nuestra honra
Nos prestamos mutuamente.
—Y ahora, ¿á qué recordarme . . . ?
—Dime, ¿y esto cuántas veces
Si se pierde se recobra?
—¿A qué viene esto, Rui Perez?
—¿Sabes, Margarita mia,
Que cada sentido tiene
Una puerta por do sale
Nuestra honra y nunca vuelve?

—¿Pero . . . !
—¿Y sabes, Margarita,
Que no sois mas las mugeres
Que un alcázar donde la honra
Guardada los hombres tienen?
—¿Por Dios, Perez, que no alcanzo
Lo que con esto pretendes!
—¿Sabes que un alma con honra
Otra alma con honra quiere,
Porque es justo que se guarden
Las reinas para los reyes?
—¿Pero . . . !

—¿Y sabes, Margarita,
Que el marido que la pierde
Compra una marca de infamia
Que lleva en el rostro siempre?
—¿Pero . . . !

—¿Y sabes, Margarita,
Que en tanto que no la vengue,
Ni de hidalgo ni de hombre
El vano nombre merece?
—¿Pero . . . !

—¿Y sabes, Margarita,
Que si por ella no vuelve,
Hasta las dueñas escupen
De su blason los cuarteles?
—¿Mas yo . . . !

—¿Y sabes, Margarita,
Que nació hidalgo Rui Perez,
Y no ha de vivir sin honra
Aunque al mismo Dios le pese?
—¿Cielo . . . !

—¿Y sabes, Margarita,
Que un remedio hay solamente
Para dolencia tan grave
—¿Pero escucha . . . !

—Y que es la muerte?
—¿Pero . . . !
—Silencio!
—Oye
—¡Calla!

Mas hablando no me afrentes,
Y lee, si te queda aliento,
Margarita, esos papeles.—
Y esto diciendo, á la cara
Tirola Rui los belletes,
Y ella cayó de rodillas
Clamando:—¡Cielos, valedme!—

Pasaron unos instantes
En silencio tan solemne,
Que de entrambos corazones
Contarse los golpes pueden.
Perez, crispados los puños,
Atenazados los dientes,
Amorados los labios,
Fuego por los ojos vierte.
Margarita, de rodillas,
Doblada al pecho la frente,
Cruzadas las blancas manos,
Pálida como la muerte,
Correr por ambas mejillas
Deja una lágrima ardiente,

Que resbalando hasta el suelo
En vapor se desvanece.
Perez, inmóvil de rabia,
En el sillón se mantiene,
Y ella de miedo y vergüenza
Convulsiva se estremece.
Al cabo con voz sombría
Dijo á Margarita, Perez:
—Muger, yo adoraba en tí;
Por tu capricho mas leve,
Por solo un cabello tuyo
Hubiera muerto mil veces.
¿Y el amor que compré un día
Con vida y con alma ¡imbécil!
Hollando tus juramentos
Así en mi ausencia me vendes?
—Perdon, clamó Margarita.
—Oh, me detesto . . . !
—Detente,
Que con que tú te aborrezcas
El mi honra no me vuelve.
Pero ¡por Dios! que no es tarde
—Cielo santo, ¿qué pretendes?
—Perdon! ¡perdon! ¡á tus plantas
Me arrastraré eternamente!
—Y el polvo en que tú te arrastres
¿Podrá mi honra volverme?
—Lloraré al pié de tu lecho
Velando mientras tú duermes!
—¿Y qué sueño ha de acudir
A quien sin honra se acuesta?
—Seré menos que tu esclava!
—¿Besaré el polvo que huelles!
—¿Y qué harás con esas manos
Que toman estos billetes?
—Perdon!
—Pídeselo al cielo,
Que él solo dártelo puede.

III.

Es un salón cuadrilongo
Dentro de la antigua torre
En que desterrado habita
Don Mendo Abarca y Quiñones.
Sobre un tapiz toledano
Bordado en torno de flores,
Hay una imagen de Cristo
Colgada de dos cordones.
De la alta bóveda ojiva
Por medio una argolla, corre
Otro cordón que sustenta
Una lámpara de cobre.
En una de las paredes
Hay un nicho y dos balcones,
Y el sol pasa macilento
Por los vidrios de colores.
Allá en el opuesto lado,
Gigantesca en dimensiones
Hay á guisa de herrería
Una chimenea, en donde
Se exhala en llamas y en humo
Tendido en seis piés de bronce,

Amenazando un incendio
Muy cerca de medio roble.
Y de cara hácia la llama
Magro, silencioso, inmóvil,
Entre enterrado y tendido
Dentro de un sillón, un hombre.
Una muger no muy lejos
En silencio borda ó cose
Una alfombrilla de sedas
Que sobre un cojín recoge.
Entre ellos el ruido sordo
De la chimenea se oye,
Y afuera el cierzo que zumba
En los ángulos del Norte.
En cuanto á ambos personajes,
Siguen sus meditaciones
Sin que al parecer al uno
Nada del otro le importe.
Cada cual en su trabajo
Su atención entera pone,
Ella contando sus hebras,
El contando sus tizones.
Al fin rompiendo el silencio
Dijo la muger al hombre:
—¿Estás triste!

—No; cansado
De velar toda la noche.—
Y como volviendo en sí
El que respondió, turbóse.
Rápida, mas de hito en hito,
Ella un punto contempló,
Mas él siguió:
—¿No lo sabes?
Volveremos á la corte.—
Soltó la alfombra Leonor,
Y acariciando á Quiñones,
Le dijo:

—Y me lo ocultabas!
—Quise sorprenderte; el conde
Me escribe ayer que á mi antojo
La vuelta de Madrid tome.
—¿Y será pronto?
—Muy pronto,
Que ya me cansa esta torre,
Donde hemos estado un año
Escondidos como hurones.
—¿Cuánto he rezado á ese Cristo
Porque á este día nos torne!—
Don Mendo se puso en pié
Al escuchar este nombre,
Y llorando de contento
Ella del cuarto salióse.

En esto por otra puerta
Entró el paje Diego Lopez,
Y ante su señor llegando
Cortesmente saludóle.
—¿Qué tenemos?—
En voz baja
Preguntó al mozo Quiñones.
—Nada, señor; ha seis días
Que huyeron ambos.
—¿Adónde?

—Imposible adivinarlo;
La casa registré anoche.
—¿De quién hubiste las llaves?
—La escalé por los balcones!
—¿Y qué?

—La casa desierta,
Las camas hechas, los cofres
Cerrados, no falta nada;
Todo en silencio y en orden.
—¿Y nadie responde de ellos?
—¡Imposible! unos pastores
Dicen que le vieron solo
Pasar el puente á dos noches,
Pero que al ponerse el sol
Iban los dos por el bosque.
—¿Los dos, y volvía Perez?
—Solo.

—Es bien extraño . . . ! Lopez,
Dentro de muy pocos días
Volveremos á la corte.
—Está bien, señor.
—Escucha;
Para lo de ayer disponte.
—¿Dos caballos?
—Por supuesto.
—¿A qué hora será?
—A las doce.—
Dejó el aposento el paje,
Y entre sí mismo Quiñones
Murmuró:

—Sí volvió Perez,
Y sospechando . . . ! ¡oh! entonces
Mañana mismo á Madrid,
Y ahí se las haya el buen hombre.—
Y al calor de la fogata
Sobre la mano durmióse.

IV.

Está la torre que habita
Don Mendo junto al Esgueba,
En una colina oscura
Sin árboles y sin yerba;
Sin foso que la circunde,
Sin torres que la defiendan,
Desmantelados los muros,
Derribadas las almenas.
Asido con dos argollas
Entre dos postes de piedra,
Tiene un puente levadizo
Suspendido en dos cadenas.
Oprime al caer este puente
Otra torre mas pequeña,
En cuyo centro macizo
Hay torcida una escalera,
Y alzado el puente de noche
Aislada la torre deja,
De modo que á un tiempo mismo
Sirve de puente y de puerta.
Por inútiles sin duda
Sus ventanas y lucernas,
Hanse tornado en balcones
Y suprimido las rejas,

Y es justo, á nuestro entender,
Que tal mudanza sufrieran,
Pues sirven de algo en la paz
Y eran estorbo en la guerra.

Era la noche siguiente,
Y la media noche apenas;
El cierzo airado zumbaba
Del olmo en las ramas secas,
Y murmuraban las aguas
Azotando las riberas,
Atropellando sonoras
Raíces, algas y piedras,
Haciendo con sus espumas
Espejos, lazos y trenzas.
El cielo entre opacas nubes
Velando luna y estrellas,
El valle, el río, y la torre
Encapotada en tinieblas.
No brillaba en los linderos
La luciérnaga rastrera,
No había parleras aves
Que cantaran en la selva,
Ni insectos que susurraran
Entre la flexible yerba;
No había pajizas flores
Que en los céspedes crecieran,
Ni pastores que velaran,
Ni silbadoras culebras,
Ni lobos que con la luna
Cruzaran por la pradera.
Que es la noche sobre oscura
De Diciembre opaca y negra,
Y húmeda, gruesa y pesada
Acosa al aire la niebla.
Bajóse en la torre el puente,
Y trasponiendo la cuesta
Dos hombres hácia los vados
Echaron por una senda.
—¿Traes las llaves?—dijo el uno.
—Sí señor.
—¿Y allá quién queda?
—Martin Muñoz en la escala,
Durmiendo la camarera,
Y Lucas con los caballos
Aguarda junto al Esgueba.
Los demás hácia la corte
Irán ya lejos, y apenas . . . —
Una ráfaga silbando
El resto arrastró con ella.

Entonces de entre la sombra
Alzose callada y lenta
Una figura embozada
Que mueho á un hombre semeja,
Tanto guarda de fantasma
Como de humano conserva,
Porque ella anda y se desliza,
Sin que al moverse se sientan
El compás de sus pisadas
O el rumor de sus espuelas;
Y el murmullo que se escucha
Dentro de su boca mesma,

No se sabe si es que gime,
 Conjura, aménazá, ó reza.
 Pero hombre, ilusión, ó duende,
 Al pié de la torre llega
 Y sin vacilar un punto,
 Con una escala de cuerdas
 Asiendo el balcon mas bajo
 Desembozándose trepa,
 Y de un corredor desierto
 Se pierde por las revueltas.

En una apartada alcoba
 A la luz de una linterna,
 La esposa de Mendo Abarca
 Sola y destocada sueña.
 Y los labios la sonrien,
 Y la lengua balbucea,
 Y toda la paz del alma
 La faz dormida refleja.
 Con el fin de su destierro
 Descuidada devanea,
 Y la pasan por la mente
 Viajes, luminarias, fiestas,
 Y con sus mil armonías
 De campanas y pendencias,
 Obras, caballos y carros
 Se finje una corte entera.
 Los nobles que la visitan,
 Las damas que la contemplan,
 Los lacayos que la aguardan,
 Y los pajes, y las dueñas,
 Los billetes de convite,
 Las joyas y las preseas,
 Todo la pasa en tumulto
 En ilusion halagueña.
 En esto el mismo fantasma
 Asomó osado en la puerta.
 Corrió por dentro el cerrojo,
 Contempló un punto á la bella,
 Y luego ahogando la luz
 Dejó la estancia en tinieblas.
 Se oyó en la sombra un suspiro....
 Y en faz de rauda tormenta
 Siguió estrellándose el cierzo
 En las pintadas vidrieras.
 Las puertas estremecidas
 Sobre los quicios retiemblan,
 Y silba y cruje y se rasga
 Con ímpetu en las troneras;
 Y ni gemidos ni pasos
 Tornan á oirse, ni quejas;
 Todo el viento lo devora,
 Lo mata, sofoca y lleva.

A poco don Mendo y Lopez
 Tornaron la misma senda,
 Y tornó á oirse del puente
 Rechinando la cadena,
 Y oyóse que el uno hablaba
 Y el otro daba respuesta.
 —¡Cojió las cartas!
 —Sin duda.
 —Mas vale así.

—Que no vuelvan;
 Pasado mañana, Lopez,
 A Madrid damos la vuelta.—

Cruzaron ambos el puente,
 Volvió á sonar la cadena,
 Y siguió el viento zumbando
 Por los ángulos y rejas.
 Y en esto en el balcon mismo
 La misma escala de cuerdas
 Cayó al campo, y el mismo hombre
 Bajó embozado por ella.
 Llegó al suelo, y percibióse
 De Perez la voz severa,
 Que á lo lejos murmuraba
 Como quien conjura ó reza.
 “Quien á hierro mata es justo
 “Que igualmente á hierro muerta;
 “HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN
 “NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.”

V.

Vino un dia y otro dia,
 Y vino un mes y otro mes,
 Y año tras año venia;
 El segundo concluía
 Y pasaron hasta tres.

Perez desapareció,
 Su casa quedó en escombro,
 Don Mendo á Madrid volvió,
 Y con estruendo y asombro
 La torre se desplomó.

Contaron de ello medrosas
 Las gentes varias consejas
 Y fábulas espantosas,
 De amorios las hermosas,
 Y de visiones la viejas.

Quién dijo (y á tal contar
 Elm as valiente se pasma)
 Que vió el alba al despuntar
 Junto á la torre vagar
 Blanca y sola una fantasma.

Quien dijo que atravesando
 De noche por la pradera,
 La colina coronado
 Vió hasta cien almas danzando
 En derredor de una hoguera.

Ni faltó en pleno consejo
 Un hidalgo de lugar,
 Que arrugando el entrecejo
 Contara que un moro viejo
 Huyó de verle pasar.

Ni un muchacho revoltoso
 A quien por calmar el llanto

Contaran en son medroso
 Aquel cuento tan famoso,
 Y el chico calló de espanto.

Y aun diz que dió una doncella
 Con un espectro galan,
 Y que una devota bella
 Le alcanzó á ver despues de ella
 En casulla ó balandran.

Todo eran apariciones,
 Raros acontecimientos,
 Secretas conversaciones,
 Todo ruidos y visiones
 Y diabólicos portentos:

Los unos vieron gigantes,
 Otros toparon enanos,
 Otros hogueras volantes,
 Otros mágicos errantes,
 Y otros brujas y gitanos.

Y alguno mas entendido,
 Mas ducho ó mas suspicaz,
 Creyó allí haber sorprendido
 Algun amor protejido
 Con el murmullo falaz.

Vino un dia y otro dia,
 Y vino un mes y otro mes,
 Y el tercer año corria;
 El segundo concluía,
 Y pasaron hasta tres.

Las visiones acabaron,
 Y olvidadas las consejas
 Los mozos las despreciaron;
 Las muchachas se casaron,
 Y se murieron las viejas.

Con esto el miedo pasó
 Y el valle quedóse en calma;
 Mendo Abarca no volvió,
 Ni á nadie se apareció
 Perez en cuerpo ni en alma.

SEGUNDA PARTE.

VI.

En un salon adornado
 Con alfombras toledanas,
 Con pabellones de sedas,
 Con mecheros y con lámparas,
 Vestido de terciopelos
 Festonados de oro y plata,
 Cercado de taburetes
 Y de cojines de grana,
 Hay hasta cuatro personas
 En plática sosegada,
 Que esperan como en familia

Alguna cosa que tarda.
 Una es D. Mendo Quiñones,
 Otra es una antigua dama,
 Otra es Doña Leonor,
 Y otra un clérigo que calla.
 Está Leonor cual lo exige
 La ceremoniosa usanza
 De aquellos revueltos tiempos
 De fiestas y de batallas.
 Corpiño y falda turquí
 Bordados de seda blanca,
 Con dos filas de botones
 De costosa filigrana.
 Desnudo el cuello y los hombros
 Bajo un collar de esmeraldas,
 Con un lazo de brillantes,
 Que por una cruz remata.
 Los cabellos divididos
 En dos trenzas derribadas,
 Que á ambos lados se recojen
 En dos agujas de plata;
 Y en la mano un abanico
 Con que la faz del sol guarda,
 Tras de cuyo varillaje
 Mira á salvo y no es mirada.
 Con igual lujo y riqueza
 Está engalanado Abarca,
 El jubon de terciopelo,
 Acuchilladas las mangas,
 Capotillo carmesí,
 Calzon negro y gola blanca,
 Y en un cinturon de seda
 Colgados estoque y daga.
 De aquestos tres personajes,
 Quiñones y las dos damas,
 El cuarto los atavíos
 Está contemplando en calma.

Empieza en una corona
 Y en un acicate acaba;
 Tanto conserva de monge,
 Como de soldado guarda.
 El gesto tiene severo
 Y la frente despejada,
 Empinados los bigotes,
 Espesa y luenga la barba.
 El jubon negro y sin cuello,
 El ropon tocando en capa,
 La gola negra y sencilla,
 Botas, espuelas y espada.
 Si fija en otros sus ojos,
 No pueden con sus miradas;
 Si habla, le escuchan atentos;
 No le importunan si calla.
 Mas su mirada es modesta,
 Contenidas sus palabras;
 Si reconviene, no ofende,
 Y si aconseja no cansa;
 Los valientes le saludan,
 Los pordioseros le aguardan,
 Las damas le reverencian,
 Los cortesanos le halagan.
 Y algunas lenguas mordaces

Solo un defecto le achacan,
Ser celoso en demasía
De la honra y buena fama.
Es capellan de Quiñones,
Con quien tiene mesa y casa,
Y á quien salvó vida y honra
Dicen que en una batalla.
De entonces él y don Mendo
Un punto no se separan;
Son un cuerpo y una sombra,
Cuerpo y sombra con un alma.
Es á un tiempo secretario,
Consejero, amigo, y guarda;
Don Mendo sin su presencia
Ni come, ni abre las cartas:
A un sermón y á un desafío
Igualmente le acompaña:
Procura evitar contiendas,
Pero una vez empeñadas,
El cáliz por el estoque,
Por la malla el ropón cambia;
Y á pretesto de padrino
Da la postrer cuchillada.

Ni es de extrañar que esto sea,
Porque en los tiempos que alcanza
Los obispos son alcaides
Y sus palacios son plazas,
No pagan pecho á sus reyes,
Mantienen á sueldo lanzas;
Antes de prestarle ayuda
Juzgan despacio su causa,
Y como mas les va en ello
Le acuden ó se desmandan;
Y viven entre placeres
Con familiares y damas.

Así como es el espejo
Es la imágen que retrata,
Y así como andan los reyes
La corte y vasallos andan.

Tales son los personajes
Que en plática sosegada
Esperan como en familia
Alguna cosa que tarda.
Al fin al doblar sonoro
De una ligera campana,
Abriéronse los balcones,
Entró el sol de la mañana,
Y de galanes y hermosas
Fuese llenando la sala.
Oyóse el rumor del pueblo
Que abajo se ajita y pasa,
Y el capellan y Quiñones
Haciendo vénia á las damas
Salieron hácia la iglesia
Donde doblan las campanas,
Porque es el dia de Corpus
Y está la corte de gala.

VII.

Al doble y revuelto son
De campanas y atabales,
Hierva y bulle un pueblo entero
En plazas, rejas y calles.
Es un bello sol de Julio
Que derramado se esparce
Por techos, plazas y torres
Gran farol de fiesta grande.
Sus rayos de grana y oro
Se quiebran y se deshacen,
Se estremecen y reflejan
En pizarras y cristales.
De los sueltos pabellones
De los tapices brillantes
Que orlan, visten y coronan
Los balcones desiguales,
En cada h-bra de oro y plata
Y en cada lazo ondulante
Reverberan mil colores
Que tornasolan el aire.
Entre guirnaldas de flores,
Entre velos y cendales,
Entre abanicos de plumas,
Entre dueñas y entre pajés,
Decoran las celosías
Que recorren fiestas tales
Cuántas damas de Castilla
Dentro de la villa caben.
La luz de un sol tan alegre,
La interposicion del aire,
Los suntuosos atavíos
Y el placer de los semblantes
Hacen que de cada hermosa
Finjan un ensueño, un ángel,
Los enamorados ojos.
De los felices galanes.
¡Cuántos hidalgos osados,
Deteniendo el paso errante
Al pié de unos miradores
Contemplan un gesto grave!
¡Cuánto celoso mancebo
Al revolver de una calle
El sombrero hasta los ojos
Aguarda amoroso trance!
¡Cuánta dueña en una reja
En tanto la dama sale,
Espera en faz compungida
Que el audaz citado pase!
¡Cuántos suspiros se ahogan
Entre el son interminable
Con que el gentío murmura
Cuando del pecho se parten!
Cuánta ardorosa mirada
Intercepta el velo frágil
De una pluma que un terciero
Cruzó entre ambos un instante!
¡Cuántos ojos arrobados
En otros, del cielo imágen,
Se topan detrás de aquellos
Otros ojos centellantes!

¡Cuántas citas amorosas
Camino á escondidas se abren
Entre aquel rumor confuso
Que un millon de bocas hace!
Calmando al fin del gentío
La voz sorda y susurrante,
Diez maceros á caballo
La gente por medio parten.
Bajáronse los sombreros,
Y tornáronse anhelantes
Impacientes y curiosos
Mil rostros hácia una calle.
Pasaron urnas, reliquias,
Chirimías y ciriales,
Congregaciones y escuelas,
Nobles, juntas y hermandades.
Hasta que al fin de improviso
Levantó su voz gigante
El pueblo, que vió á lo lejos
La engalanada falange
De hidalgos, condes y duques,
Obispos y cardenales,
Que en torno del rey Enrique
Traen á su Dios por delante.

Quedábale á Enrique cuarto
Por don de sus mocedades,
El fastidio y la osadía
De placeres y desmanes;
Que aun niño, rompiendo el yugo
Del respeto al rey su padre,
Tuvo en Segovia una corte
Con pueblo y le, es aparte.
Y allí anegado en deleites,
Sin conocer vasallaje,
Pasó los años primeros
Siempre en faz de rebelarse.
Hoy ya rey, abrió su corte
A cuanto ilusorio y grande
Quiso con sus reales culpas
De las suyas escudarse.
Vinieron aventureros
Sin mas haber que su sable,
Y vinieron cortesanas
Que allá en países distantes
Fueron nobles y duquesas
De real solar y real sangre,
A quien echan de su patria
Opiniones populares.
Vinieron monges robustos,
Todos rectores y abades,
De costumbres de gran peso
Y profesion impalpable.
Y entre discordia y licencia,
Entre amores y combates
Andando allí confundidos
Los soldados y los frailes,
Logóse sin gran trabajo
Que fuesen en tiempos tales
Las audiencias galanteos,
Los amores liviandades,
Y las damas cortesanas
Y los clérigos galanes.

Que así como es el espejo
Es la retratada imágen,
Y hacen, si andan mal los reyes
Que mal los vasallos anden.
Los monges á par alternan
Las mallas y los sayales,
Y el que ayer era prelado
Mañana á campaña sale.
Tales gentes y tal fiesta
Bajan la calle adelante,
Y hasta doscientos ginetes
Dan á la funcion remate.

Entre las gentes que al rey
Prestan honra y homenaje,
Ni cerca de su persona,
Ni lejos del condestable,
Van dos nobles caballeros
Que en severos ademanes,
Entre secretas palabras
Secretas razones traen.
Tan por lo bajo las cruzan,
Que en verdad no fuera fácil
Que pudiera algun curioso
Alcanzar de lo que traten.
Mas que es cosa de importancia
Bien pudiera asegurarse,
Pues á veces hace el uno
Que el otro los ojos baje,
Y á veces levantando ese
La mirada penetrante,
Torna á bajarla irritado
Cual devorando un ultraje
Que el otro le recordara
Y mucho á su honra tocase.
Cuanto mas uno se turba
Sigue el otro imperturbable,
Y ambos miran de continuo
A un balcon, luego á la calle.
Es el uno Mendo Abarca,
Que inclinado hácia adelante,
Con su capellan conversa
En razones semejantes:

—¡Pero, padre, eternamente
La misma conversacion!
—Señor, siempre esta ocasion
Me está en el alma presente.

—¡Maldita ocasion la vuestra,
Que en todas partes la veis!
—Señor, que fué bien sabeis
La esperiencia mi maestra.

—¡Y lo que os sucede á vos
Ha de acontecerme á mí?
—¡La honra, señor, que perdí,
No basta á dárme la Dios!

Y cuando vos la perdais . . .
—Yo mismo la cobraré.—
—Yo tambien me lo pensé,
Pero como yo la errais.